

UN NUEVO PROGRAMA PARA LAS IGLESIAS

Entre los proyectos que se le pueden presentar hoy a un arquitecto quizá no haya ninguno que suponga mayores dificultades que el de una iglesia. A los problemas comunes a toda obra se sumaban antes unos obstáculos para los que el arquitecto estaba poco preparado. Me refiero especialmente a la inteligencia de la funcionalidad de la iglesia y a su contenido expresivo. Se trataba de una funcionalidad que venía definida vagamente en conceptos de administración, ya sea de sacramentos ya de certificados de bautismo y de la concepción de un espacio que además de facilitar la asistencia para los que "oían" misa, fuera a la vez capaz de evocar a través de la grandeza, monumentalidad o suntuosidad, la idea de lo sagrado y de la "Casa de Dios".

Desgraciadamente son demasiados los arquitectos que no se han dado cuenta todavía que la problemática de base para el proyecto de iglesia no está hoy ya en función de aquellos factores sino de otros muy distintos. Y no sólo ellos sino también muchos sacerdotes que encargan iglesias y muchos obispos que las consagran.

La dificultad de que hablábamos estriba precisamente en que se sabe que hay unas cosas que han cambiado, pero no se sabe cuáles. El objeto de estas líneas no es otro que el de poner sobre el tapete la situación actual en sus puntos más sobresalientes y apuntar algunos caminos de posibles soluciones. Estas últimas pueden ser discutidas, deben serlo. Pero lo que no puede hacerse es negar la existencia del problema. Un problema que está originado principalmente por el paso de una civilización rural, patriarcal, artesana, sacral y teocrática a otra que es urbana, abierta, tecnificada, desacralizada y secular. La institución religiosa, así como la familiar y otras, ha sido afectada de raíz por este cambio de la que ella no ha sido el autor. Como consecuencia normal de este cambio se han puesto en duda seriamente la idoneidad de sus edificaciones, e incluso la necesidad de alguna de ellas, o por lo menos el modelo que se venía siguiendo. Son hoy ya bastantes los sacerdotes que no quieren que se construyan iglesias. Otros, sobre todo laicos, no quieren que los gastos de construcción sean elevados, ni menos aún que sean entidades públicas o personas acaudaladas quienes las paguen, con un dinero adquirido a costa de los trabajadores o para encubrir injusticias. Por otro lado, la disminución de asistencia a misa y la posibilidad del cumplimiento dominical en sábado o domingo por la tarde indica que ya no se precisan grandes locales. En esta disminución del espacio coinciden por un camino distinto los sociólogos, al aplicar las leyes de la dinámica de grupos a la comunidad eclesial, que ha dejado de ser un agregado estático de oyentes para convertirse en un conjunto de células dinámicas dentro de la sociedad. Si a esto añadimos las variaciones constantes en la liturgia y la

pérdida del valor de muchas cosas que se tenían por sagradas en beneficio de una inserción cristiana en el mundo, sobre todo en los niveles económico, social y político, no en grupos cerrados sino en colaboración franca con los no cristianos, tenemos que se nos viene definitivamente abajo la inamovilidad del sistema de postulados que se encontraban hasta ahora, a la base de cualquier proyecto de edificación eclesial.

Pero nuestra aportación aquí debe consistir en proponer soluciones positivas que estén de acorde con este cambio, y que lo estén precisamente por el lado en el que estos cambios son buenos y deseables, no porque sí, sin más ni más. Que las soluciones arquitectónicas lo sean también de situaciones planteadas claramente, y no por vía de copia o de radicalismo inmaduro, o por una extravagancia efímera. Será en la medida en que nos planteemos clara y objetivamente los problemas, como el edificio surgirá de modo espontáneo, con toda su exigencia insoslayable.

Del conjunto de variables que integran los problemas previos a la edificación, y que no son específicamente constructivos y estéticos, podemos ver una serie de niveles que conviene tener bien claros. Podríamos clasificarlos en cuatro grupos: nivel empírico, sociológico, pastoral y teológico. Cada uno requiere ser tratado con métodos propios y evitar la tentación de paternalismo ideológico, o sea de querer resolverlo todo a partir del nivel que conoce, como podría ser por ejemplo resolver cuestiones de dimensión a partir sólo de principios teológicos o, inversamente, condicionar la sacralidad a unas encuestas sociológicas. Como se ha dicho, las coacciones empíricas no son normas sino obstáculos que se han de salvar, los condicionamientos sociológicos son factores no negligibles, pero tampoco son normativos ni constantemente determinantes, las costumbres o preocupaciones pastorales son respetables pero equívocas y suponen discernimiento y purificación. Sólo la teología es normativa en este campo, pero siempre y cuando sea una opción cierta y no una hipótesis especulativa particular o de moda, o caduca. Es en definitiva sobre estas bases debidamente valoradas donde, como siempre a lo largo de la historia, se han apoyado las obras maestras de la arquitectura religiosa. Respondían perfectamente a las necesidades de sus tiempos. Porque para valorar una obra de arquitectura hay que insertarla en el contexto cultural y religioso que la vio surgir.

Decíamos antes que una de las características de nuestra civilización es la de presentar el paso de un mundo sacralizado a otro en el que privan los valores profanos. En efecto es sin duda éste uno de los elementos de mayor importancia en la edificación eclesial, y al que se llega fatalmente

si uno se plantea a fondo el por qué de cualquier factor determinante de una iglesia. Ciertamente la primera cosa que se pregunta uno es el uso que se va a dar a los edificios eclesiales. Para ello es necesario recurrir a la observación de la actitud de hoy respecto de los templos convencionales existentes. De aquí, el paso siguiente es el porqué de un edificio sagrado, es decir ver en qué consiste la relación sagrado-profano, si es que realmente tiene existencia o es una creación cultural de una civilización en declive.

La construcción de una iglesia abarca muchos aspectos: legales, técnico-constructivos, urbanísticos, funcionales, teológicos, etcétera. Unos caen de lleno bajo la responsabilidad exclusiva del arquitecto, otros en cambio en la esfera del cliente, es decir del binomio comunidad-párroco. Pero de entre los que son comunes a ambos hay dos que sobresalen eminentemente: los funcionales y los económicos. Como se sabe, hay hoy un "consensus" general en la afirmación de que la iglesia es un lugar puesto aparte para el uso exclusivo del culto divino. Esta idea común, vista con la mentalidad actual, ha convertido las cuestiones funcional y económica en una cuestión moral, sobre todo la económica. Hoy no se trata ya de encontrar tantos millones para financiar el presupuesto eclesial y no sobrepasarlo, sino que, en virtud de la tremenda sensibilidad hacia la cuestión moral —y éste es uno de los aspectos positivos del cambio actual—, de lo que se trata es de preguntarse lisa y llanamente si es evangélicamente lícito el gastar una tan grande suma de dinero en una aula litúrgica que, por otra parte, sólo se usa durante muy pocas horas a la semana. Económicamente hablando, el obrar así representa el tener improductivo un capital muy elevado, y por tanto es un error. Pero hay aquí algo más que pura economía, e incluso servicio a la comunidad. Hay que ver la rectitud de tal acción cuando hay tantos problemas que requieren precisamente dinero para su solución: vivienda, nutrición, educación, por ejemplo. Uno se pregunta qué es lo que haría Jesucristo en nuestro lugar, si aplicar láminas de oro en las columnas del templo de Jerusalén o mandar a los discípulos a que compren comida para la gente. Por lo tanto la cuestión primordial no es la de cuánto podemos aportar sino qué, reconociendo que somos administradores del dinero de los que no lo tienen, preguntarnos cómo podemos ejercer mejor esta administración siguiendo no nuestros deseos humanos sino los que Dios tiene para con el mundo, y que conocemos a través de Jesucristo.

Entonces la cuestión económica no sólo levanta un problema ético y moral sino de teología, el de la naturaleza de Dios y el de la función de la comunidad cristiana en el mundo. En efecto, ¿qué clase de Dios es éste para el que se erigen las iglesias? ¿Quizá se delecta más en tener monumentos dedicados a su honor que en tener cuidado de las necesidades de los hombres? Una iglesia podría llegar a ser la expresión de devoción a un Dios menos humano que los hombres. Cuando es necesario propiciarse a los dioses para tener buen tiempo, buenas cosechas o ganar una guerra, la edificación de templos tiene un fin práctico. Pueden hacerse antes de los acontecimientos, para prevenirlos, o después de sucedidos, en agradecimiento y en pago de los servicios prestados. Por ejemplo, y sin meternos en la esfera de las intenciones personales, que eso es cosa que sólo Dios conoce, pasemos revista a las motivaciones que públicamente han presidido o presiden la edificación de nuestros monumentos sagrados. Esta función comercial no se aviene con el Dios de la Biblia que se da, que se ofrece El mismo. La preocupación de Cristo fue siempre para los hombres y sus problemas inmediatos relativos al Reino. Además, a diferencia de los dioses paganos, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob es un Dios vivo que no tiene residencia fija, como dijo Jesús a la samaritana. "El Altísimo no habita en casas hechas por manos de los hombres" dijo San Esteban.

Pero si esto es así, entonces los objetivos y procedimientos que deben perseguir y usar las comunidades cristianas, la Iglesia, si es que se reconoce instrumento suyo para terminar su acción, deben ser los que Cristo nos enseñó. Y como consecuencia inmediata, los edificios eclesiales deben facilitar esta función, no entorpecerla ni negarla. Los problemas de la "Domus Ecclesiae" son los de la Iglesia. Por lo tanto no es irse por las ramas sino que pertenece a la misma esencia del sujeto el estudiar el rol de la Iglesia, de la comunidad, si queremos que el análisis funcional de las construcciones sea profundo y no se quede en un mero utilitarismo. En resumen, Podemos sintetizar la misión de Cristo en la proclamación y establecimiento del Reino de Dios en el mundo, un Reino que en el momento presente se sitúa entre el "ya" y el "todavía no". El papel de la Iglesia es el de llenar el espacio de tiempo intermedio, en el bien entendido que la Iglesia no es el Reino de Dios sino un instrumento para realizarlo. Por otra parte el modo como Jesucristo ha

querido que se instituyera este Reino está diametralmente opuesto a los sistemas espontáneos entre los hombres, basados en el dominio. El suyo es un servicio de amor para con Dios y para con los hombres. Exactamente es este el sistema que debe utilizar la comunidad cristiana para prolongar su obra. Y, seguido con el planteamiento inicial, los edificios y los recursos económicos de los que dispone la comunidad cristiana han de ser puestos al servicio de esta voluntad divina, y esto en el contexto de cada comunidad. Por lo tanto, a la vez que pensar en el culto será igualmente imprescindible planear los edificios en términos de necesidades humanas. El proyecto de una edificación eclesial no debe ya ser enfocado como perteneciente a la arquitectura sagrada sino a una gran casa de fraternidad, abierta a todos sin distinción de credos, para que todos se encuentren en ella, se atiendan sus necesidades, se reúnan allí para rezar y a través de todas sus actividades sean signo del amor de Dios en el mundo.

En el Nuevo Testamento el muro que separaba la liturgia y la diaconía, los lugares de culto y los de fraternidad y caridad, se ha hecho transparente, y como consecuencia se han reunido en una sola las dos partes que antes estaban contiguas. Esto debe traducirse necesariamente en los edificios, si queremos que éstos sean una expresión fiel, un signo visible e inteligible del espíritu que anima a la comunidad que los usa. Entendamos bien que no se trata aquí de absorción de una parte por la otra, ni de división, sino de unidad. Por lo tanto el problema de la construcción eclesial se resuelve en la pregunta de si es teológicamente válida esta unidad de lo sagrado con lo profano como dos aspectos integrantes de un todo inseparable. De su solución deriva toda la edificación eclesial.

Es en la relación entre sagrado y profano donde resplandece la tremenda novedad del Evangelio. En efecto, Jesucristo transformó totalmente el régimen de sacralidad instituido en Israel por la pedagogía de la ley mosaica. Jesucristo abolió la separación entre una pretendida sacralidad y una pretendida profanidad. "Créeme mujer; llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre..." dijo Jesús a la samaritana, añadiendo luego que "los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad". Pero quizá la declaración más significativa de este cambio la encontramos expresada en aquel pasaje que se refiere al juramento, es decir al poner a Dios como testigo de la verdad de una cosa, haciendo que la expresión sea sagrada. Dijo Jesús que no se debe privilegiar ninguna palabra como sagrada. Todas deben ser verdaderas y reflejar la simplicidad del corazón. No hay ninguna palabra profana: es precisamente por esto que se puede profanar una palabra con la mentira.

En resumen, toda la vida del cristiano es la que es sagrada, con la sola excepción de lo que se profana con el pecado. El punto capital está en que el cristianismo no es una religión como las demás, con sus separaciones de lo que es sagrado y profano en las acciones, en los espacios y en los tiempos. El cristianismo consiste exclusivamente en la Persona de Jesucristo, centro y consumación de la Historia. Es preciso luchar siempre contra corriente y no dejar que las expresiones cristianas, palabras o edificios, se identifiquen con las que se derivan del puro instinto religioso natural. Hay que luchar constantemente para convertir el contenido del instinto religioso de los hombres, lo falsamente sagrado, en lo positivo de la Fe. Es sólo bajo esta condición como evitaremos el mito, con sus fáciles acompañamientos de superstición y de magia. Por esto es necesario evitar cualquier expresión que atribuya la sacralidad a las cosas. Quizá sería interesante recordar que junto a lo sagrado propiamente cristiano, y que se refiere siempre a Jesucristo a través de actitudes humanas, hay también barajadas dos clases de falsas sacralidades: el sagrado "tabú", de lo prohibido, como sería por ejemplo entrar en clausura, tocar la sagrada forma, y el sagrado de "magia", que se ampara de lo divino mediante fórmulas mágicas, esotéricas y de las que tiene la exclusividad una casta de elegidos. Lo sagrado cristiano es, como decíamos antes, un sagrado de relación a Cristo, que es el sagrado por excelencia. De aquí que expresiones como "arquitectura sagrada" y "arte sacro", sean expresiones que analizadas cristianamente no tengan ningún sentido. Para un cristiano sólo hay arquitectura y arte. Y para un no cristiano también. Es una cuestión de "aggiornamento" de léxico cristiano. A este propósito citemos la definición que dio de la iglesia un obispo noreuropeo: "La iglesia es una especie de gran sala de estar en la que los fieles se reúnen para encontrar al Señor y encontrarse mutuamente en el Señor. Esta habitación no tiene en sí ningún carácter específicamente sagrado. La arquitectura no juega ningún papel especial en ello, excepto el de ser funcional, y con toda su simplicidad y sobriedad, hacer que la gente se sienta como en su casa, y dejar que sepan que en la reunión eclesial son los testigos de la fe, en y para el mundo".

Vemos por lo tanto que lo sagrado está en el uso de las cosas, no en ellas mismas. Lo sagrado está en las actitudes humanas. Sobre esto habría que cambiar muchas mentalidades y revisar la gran mayoría de los textos y prescripciones litúrgicas que se basan más en aportaciones paganas que no en la mentalidad del Nuevo Testamento. Para entenderlo démonos cuenta que lo que hoy llamamos cristianismo no es otra cosa que la religión judaico-helénico-romano-celto-gótico-moderna convertida al cristianismo. Un cristianismo con muchas aportaciones paganas que hemos de ir purificando.

Y entre las aportaciones paganas hay una que se refiere especialmente a nuestro tema: la idea de templo. El concepto de templo estaba totalmente ausente del pensamiento de los primeros cristianos. Más aún, era precisamente esto lo que querían evitar. Los locales de culto de las primitivas comunidades no se concibieron jamás como residencias de Dios. Por esto no se parecían a los templos. Eran casas como las demás en las que había alguna habitación con capacidad suficiente para albergar la comunidad, la Iglesia. En estas "Domus Ecclesiae" había espacios para la vida de los clérigos, locales para el servicio de la comunidad, en enseñanza y en caridad, hospedería y salas de culto, en las que el altar era una simple mesa de madera. A esta edificación siguió la construcción basilical. Las facilidades de vida para los cristianos que trajo consigo el edicto de Milán, junto con la sencillez y economía del sistema constructivo basilical, fueron los factores decisivos para la propagación por todo el Imperio de este modelo de iglesia. Una de las mayores dificultades constructivas, como siempre, residía en la cubierta, y la solución basilical, simple y barata, vino en ayuda de las comunidades precisamente en el momento en que éstas crecieron súbitamente de volumen con las conversiones masivas, que exigieron la multiplicación de los lugares de reunión.

Simultáneamente se produjo entonces el entronque de dos clases de asambleas: las de la Palabra y de la Eucaristía, primitivamente separadas, con las asambleas dedicadas al culto de los mártires. Los monumentos votivos a los mártires se convirtieron en lugares de culto. Un culto que, por otra parte, venía fuertemente cargado con elementos paganos, en cuanto que en la mente de muchos no era sino la cristianización del antiguo culto a los héroes y a los muertos. Por este camino fue como la idea de templo, rehusada por los primeros cristianos, volvió a renacer y se instauró hasta hoy de un modo como consustancial. Luego la generalización del culto a los santos, separado del misterio Pascual, exigió que a ellos se dedicaran templos. Así fue como se introdujo en el culto cristiano la idea pagana de templo, la cual con el tiempo absorbió la "Domus Ecclesiae". En el Renacimiento, con su copia de los modelos clásicos, siguiendo los cánones arquitectónicos y urbanísticos de Vitruvio, se reafirmará todavía más este concepto de templo, con todos los acompañamientos de riqueza y de monumentalidad, defendidos con argumentos veterotestamentarios por Roberto Belarmino y mantenidos ya desde Trento.

Estos criterios han seguido existiendo hasta hoy. En efecto, actualmente no se puede hablar de una arquitectura cristiana nueva sino en el plano estrictamente constructivo, es decir, en cuanto estos conceptos heredados del paganismo y del Antiguo Testamento se expresan en un lenguaje arquitectónico moderno. La absoluta mayoría de las iglesias que nos vienen seleccionando las revistas especializadas o los libros, persisten en la idea de monumentalidad, con un alejamiento total de la concepción de lo que debiera ser una iglesia cristiana. El único valor que tienen realmente, en cuanto lo merezcan, es el de engrosar las historias del arte, las más de las veces a partir de ideas geniales de unos pocos grandes arquitectos.

Desde el ángulo pastoral, imprescindible para determinar la necesidad y el tipo de construcción, vemos el paso sucesivo de las iglesias locales a la parroquia comunal, pasando por el régimen benefical en el que el pueblo era ya pasivo, es decir que sólo recibe servicios pero ya no participa. Sociológicamente es en este período de tránsito donde se instaure en la pastoral de relación fabricante-consumidor y funcionario-público, entre el sacerdote y los fieles. Luego, al desaparecer las formas populares espontáneas que quisieron revitalizar la vida cristiana comunal, como las cofradías y las órdenes mendicantes, a causa de la política de las monarquías absolutas, regímenes republicanos y otros, la Iglesia se encontró sin medios para hacer frente a los problemas de la ciudad. El repliegue hacia modelos rurales no fue más que una huida. Por otra parte el modelo rural era de pequeñas dimensiones, pues la parroquia tridentina no sobrepasaba, por lo común, las mil personas. Las tentativas de renovación parroquial actuales, a partir de adaptaciones más o menos

artificiosas de la misma, como son las obras parroquiales, los movimientos de A.C. parroquiales, la parroquia litúrgica o la parroquia misionera, exceptuando los casos en los que la valía del párroco se sobrepuso, se han demostrado, desde el punto de vista estructural, impotentes para resolver el problema de disponer de un organismo capaz de evangelizar al hombre de las modernas megalópolis, y, más aún, al hombre que viviendo en zonas apartadas, participa de los valores urbanos. Desgraciadamente son demasiados los que piensan en términos de cultura rural. No se han dado cuenta que la sociedad de masas, que es la estructura social actual, tiene como sistema cultural correspondiente la cultura urbana, y no unos esquemas de comportamientos ni unas escalas de valores rurales. Y mientras no se rectifique este error, difícilmente las iglesias modernas dejarán de ser iglesias rurales situadas en medio de una ciudad, con su campanario y todo. El error ha consistido en hacerlo depender todo de un esquema tan totalizador como el de la parroquia rural, cuyo eje de giro no es la misma comunidad con el párroco al frente sino, y exclusivamente, el eje vertical personal entre el párroco y sus ovejas.

La variación de la liturgia nos impone igualmente hoy cambios en la edificación. No se trata aquí de una distribución nueva de los elementos del presbiterio, ni de la solución del sagrario. Todos estos cambios son necesarios, pero no presentan en sí ningún problema. En realidad, estos cambios son debidos a una reforma de los ritos, pero entendidos estos a partir de una concepción determinada de la liturgia. Es precisamente esta concepción la que hay que cambiar, y de ello se seguirán variaciones sustanciales en el modo de concebir el aula de oración. Por ejemplo, la posibilidad teológica de que en un mismo local haya sucesivamente reuniones eucarísticas y profanas, —derivada de lo que se entiende por sagrado en términos cristianos—, da pie a concebir locales polivalentes. En estos locales no se disponen bancos sino sillas, porque la liturgia permite hoy la asistencia a los divinos misterios sin necesidad de arrodillarse. Esta posición se reservará a las capillas de la reserva y de meditación, pero se excluirá para las liturgias generales. Por lo tanto la variación en la liturgia ha permitido una mayor flexibilidad en los ambientes.

Decíamos antes que es la concepción de la liturgia la que debe cambiar. En realidad está ya cambiando. La liturgia debe ser la expresión de nuestra existencia humana, de nuestra vida terrenal, hasta en aquella parte que es profana de nuestra existencia. Los ritos, los signos y los símbolos litúrgicos han de revelar lo que es divino y salir de nuestra vida concreta de hombres de hoy, con toda su diversificación, es decir han de ser pluriformes porque nuestra vida lo es. La celebración litúrgica ha de ser una continuación de la vida de cada día. La totalidad de nuestra vida, hasta la profana, ha de ser un acto de oración, una respuesta a Dios. Así será signo de Dios y signo del hombre. Pero todo esto exige tiempo e imaginación para irse plasmando en realidades. No obstante es aquí donde se debe llegar. Y en esta labor de imaginación están llamados a participar no sólo los liturgistas sino también los arquitectos cristianos en colaboración con aquellos.

Nos es igualmente imprescindible considerar la dimensión sociológica. Si la Iglesia la forman los cristianos, sería insensato prescindir del estudio de estos mismos cristianos en cuanto forman un grupo humano; es decir, no hacer caso de la sociología. Por ejemplo, de entre las distintas clasificaciones de los grupos humanos que integran la sociedad, la que afecta a la dimensión numérica es, entre todas, una de las más importantes para nuestro propósito. En efecto, se ha dividido la comunidad eclesial urbana en tres grandes secciones: los pequeños grupos, las asambleas comunitarias y las grandes masas. Los pequeños grupos, para ser funcionales, no deben sobrepasar la cifra de las 30 personas, a lo sumo. El segundo tipo tiene su dimensión óptima entre las 200 y 500 personas. Y la gran masa empieza a constituirse a partir del umbral inferior de estas 500 personas. Es a partir de esta tipología como debe trabajarse. La primera y la tercera no ofrecen cuestión alguna de carácter específico. El grupo pequeño puede usar cualquier local doméstico que reúna las condiciones de humanidad, intimidad y festividad propias de una celebración familiar común y corriente, como puede ser una onomástica o un aniversario. La última clase de reuniones, la gran masa, usa como sabemos los estadios y las grandes explanadas, y, más habitualmente, grandes espacios cubiertos como son muchos de nuestros templos parroquiales y basilicas. En la práctica este tipo de asamblea masifica a los fieles invalidándolos para una auténtica participación interpersonal. Las motivaciones de asistencia a estas reuniones masivas, cuando éstas son habituales, suelen ser muy

frecuentemente de tipo individualista ya sea por razones devolucionales o por miedo de caer en pecado grave, o bien por presión sociológica. No creemos que estas tengan que ser las motivaciones básicas de asistencia a las reuniones eucarísticas, sino las de carácter comunitario y libre de cualquier sanción. Y como además, la masificación resultante impide la pastoralización de los fieles, nos parece que, salvo para el caso de reuniones esporádicas, no deben construirse locales de culto de tales dimensiones. Por lo tanto, al proyectar uno de estos locales —siempre de acuerdo con el párroco y su comunidad—, deberá pensarse en espacios para grupos medianos. Repetimos que el motivo de la elección se basa aquí en razones de sociología. En efecto, no se trata de que sean cuantos más mejor, los que puedan asistir a misa, según una idea jurdica, sino de que los cristianos se comprometan. Para ello sabemos que es imprescindible el que la gente se conozca y se puedan formar pequeños grupos de trabajo y de culto, y que a menor tamaño del grupo es mayor la satisfacción y la eficacia de sus componentes, mientras que, por el contrario, a mayor dimensión, los participantes se cierran en sí mismos y se inhiben de las tareas comunes. Y si a esta reflexión añadimos la regla de oro de la pastoral de que el pastor conozca a sus ovejas y ésta le conozcan a él, creemos que en el futuro, debemos realizar edificios que sirvan a este propósito. Se puede objetar que en una ciudad la elección del lugar de culto es un valor que debe preservarse. Cierto. Pero sea cual fuere este lugar, el cristiano que asiste a una asamblea que no es la suya habitual debe sentirse integrado. Dicho en otros términos, la asamblea debe estar a escala humana, y valga la expresión. Únicamente así el participante se sentirá como en su casa, y su participación plena de sentido. Digamos también que las reuniones masivas sólo serán plenamente justificadas si la intención no es la de hacer número, una intención eminentemente aritmética a la que estamos bastante aficionados, sino la de expresar masivamente un valor o una actividad eclesial que esté al servicio de los hombres.

Antes de sacar algunas conclusiones de lo que hemos dicho hasta ahora será bueno que echemos una ojeada a la historia de la construcción de las iglesias en los últimos años. El tipo original, el que nos describe la Historia del Arte, ha sufrido un primer impacto: el del movimiento de la arquitectura civil mundial. De aquí sale un modelo de iglesia en el que se han aplicado los conceptos y las técnicas de la arquitectura del siglo XX a las nociones tradicionales de iglesia y de planta con sus dos ambientes, a modo de teatro. No es más que un envoltorio moderno para una forma de liturgia postridentina. Citemos como ejemplos típicos Le Raincy (1923), St. Antón de Basilea (1927), Corpus Cristi de Aquisgrán (1930), St. Engelbert en Colonia-Riehl (1932), St. Carlos de Lucerna (1933) y la Catedral de Coventry (1958). El segundo impacto viene por la parte del movimiento litúrgico, el cual tiene por objeto básicamente restaurar el carácter comunitario de la liturgia y establecer una relación viva entre el culto y la acción pastoral de la Iglesia. Muchos edificios existentes estaban pensados para aquel primer tipo de liturgia. Por lo tanto deben ser reformados para poder servir mejor a las nuevas necesidades litúrgicas y pastorales que se exigen. Esta reforma se limita unas veces a cambiar la disposición del presbiterio, otras a convertir una parte del aula para usos polivalentes y otras para un uso constante de culto, o bien reformar totalmente el ambiente. Esta nueva iglesia, o la reformada de acuerdo con las normas litúrgicas, es la que prevalece hoy en día. Prácticamente todas las iglesias recientes son el fruto de la confluencia del movimiento de arquitectura moderna con el nuevo movimiento litúrgico. Pero este modelo ya se está quedando desplazado no por el lado de la arquitectura sino por el de las funciones que ésta debe servir. Nuevas condiciones e ideas han venido a cambiar el programa de la iglesia:

- Nuestro Dios no necesita monumentos, ni habita en ellos. Su voluntad, expresada en Jesucristo, es la de la instauración del Reino en el mundo a través de un servicio de amor.

- No hay ya, en términos cristianos, separación espacial entre zonas sagradas y zonas profanas. Es el uso que del espacio hace la comunidad el que da sentido al local: será un aula de oración si en ella la comunidad hace la liturgia, o una sala de conferencias si la asamblea se reúne para ello.

- El uso del dinero en la edificación debe de estar en función de los servicios que la comunidad debe prestar y del signo que debe dar.

- El término "templo" ya no tiene sentido en cristiano. Este viene sustituido por el concepto de "casa de la comunidad cristiana".

- Desde el punto de vista pastoral, debe de encontrarse un tipo de institución capaz de evangelizar el hombre de las grandes ciudades y que es "urbano". Todavía no se ha encontrado.

- La variación en la liturgia ha de llegar a nuevas formas, inexistentes aún, que a la vez que sean expresión religiosa de toda la vida individual y comunitaria del cristiano, incluso el aspecto profano, sean una continuación de tradición apostólica y sean signo de comunión con las demás iglesias.

- La dimensión sociológica nos proporciona unas aproximaciones del número de personas y nos insiste en la necesidad de participación activa por parte de todos.

Pero a parte de estos aspectos que acabamos de ver, en la construcción de los locales de la comunidad inciden hoy otras variables que no pueden ignorarse, y que en aras de la brevedad sólo nos limitaremos a enumerar: la variación en la administración de los sacramentos, el movimiento ecuménico, la movilidad social, los estudios de sociología religiosa, los factores económico-políticos en las sociedades socialistas, el urbanismo, la reorganización del sacerdocio, etcétera. Añadamos a estos las experiencias de centros socio-pastorales, la normalización y la prefabricación, las iglesias móviles, la propiedad mancomunada, las liturgias domésticas, todos ellos ejemplos ya experimentados y algunos con suficiente vida como para sacar ya conclusiones.

Si de todo ello se quisiera sacar alguna conclusión, no dudaríamos en afirmar la necesidad ineludible de que los locales de la comunidad cristiana cumplieren las siguientes condiciones:

1. Que las edificaciones no se limiten ya a la sola aula de culto, los despachos parroquiales y la vivienda del sacerdote, sino que haya locales para las diversas actividades religiosas y profanas, de recreo y educativas, unos locales abiertos a todo el mundo.

2. Que el aula de culto tenga unos elementos litúrgicos que puedan cambiarse de sitio, según el tipo de asamblea. Que se disponga este local con una indeterminación de ejes, de iluminación, etcétera de modo a poderse usar para otros fines. Y que se abandone de una vez para siempre la disposición de teatro.

3. Que se prevea un lugar de pequeñas dimensiones dedicado permanentemente a guardar la reserva eucarística y a la meditación, y en el que los cristianos pueden adoptar la posición que más gusten, desde arrodillarse hasta sentarse en el suelo si lo prefieren.

4. Que se realce el ambiente humano y doméstico de toda la obra. Que todo esté a escala humana, que todo tenga la atmósfera de sencilla intimidad. A este fin sería conveniente establecer una mayor relación entre el espacio social y el espacio de culto, con una mayor proporción del primero sobre el segundo en el conjunto de edificio; un cambio en el tratamiento estilístico que ponga el acento no en la obra sino en el contenido humano de la misma; y una disposición ambiental que facilite la estancia para todos, que esté equidistante de muchos extremos sociales y así cumpla con su misión de pretender ser un "espacio público ideal". El carácter y la cualidad impersonal de los espacios públicos civiles induce a los usuarios a sentirse personas extranjeras y anónimas. Al contrario, el hombre cristiano propone un modelo de sociedad en el que todos sean hermanos. El arquitecto es el hombre que debe poner las condiciones materiales de su realización.

Evidentemente, estas conclusiones adolecen de mucha subjetividad. Pero son una de las posibles soluciones de unos problemas que existen. Lo único que se ha pretendido es dar a conocer una interpretación de la situación actual y estimular con ello la imaginación y el sentido crítico de quienes se vean en la necesidad de construir una iglesia. Como decía el Card. Lercaro, "la libertad para imaginar nuevas maneras de ser para la vida de las comunidades cristianas no debe impedir la libertad de mirar hacia el futuro y pensar una nueva manera de ser de la vida pastoral y de la acción que ella supone... Una cosa es ciertamente muy clara: las estructuras arquitectónicas de las iglesias deben modificarse tan rápidamente como se modifican hoy las condiciones de vida y las casas de los hombres. Debemos tener muy presente, aun al construir un lugar de culto, el sentido de la expresa transitoriedad de estas estructuras materiales y de su propia función de servicio respecto a la vida de los hombres. No pretendemos construir iglesias para los siglos futuros, sino limitarnos a hacer iglesias modestas y funcionales, que nos sirvan a nosotros y frente a las cuales nuestros hijos se sientan libres para pensar de nuevo otras nuevas, para abandonarlas, para modificarlas tal como su época y su sensibilidad religiosa lo sugieran".

Juan A. BUSQUETS SINDREU
Doctor Arquitecto
Abadía de Montserrat